

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

Ventajas de las riquezas.

III.

Explicados los grandes peligros que llevan consigo las riquezas y prosperidades de la tierra, vamos á exponer las grandes utilidades que ofrecen á los ricos cristianos en orden á su moral perfeccionamiento y á la consecucion de su eterna felicidad.

Las riquezas propias, dice el Sábio (1) redimen al varón que las emplea segun la orden de Dios, de quien proceden todos los bienes. *Redemptio animæ viri divitiæ propriæ*. Dad limosna, dice el Salvador, y quedareis limpios de toda mancha (2). Las riquezas bien empleadas tienen virtud para romper los hierros de nuestra

servidumbre y la limosna es un medio poderoso para lograr el tesoro de la justificación. *La sustancia* del hombre, esto es, las riquezas son su fortaleza, y á manera de inespugnable muralla le circundan, librandole de los asaltos del enemigo (1), y le traen muchos amigos, mientras al pobre le vuelven la espalda los que tenia (2), y hasta sus hermanos le miran con desprecio. El rico en la tristeza se ve rodeado de amigos que le prodigan consuelos, pero si el pobre cae, se ve solo, y hasta sus deudos se apartan de su lado (3). Habla el rico neciamente y todos aplauden; habla el pobre con sensatez y discrecion, y todos le desprecian. Mientras

1 Prov., XIII.

2 Luc., XI.

1 Eecli., XVIII.

2 Ibid., XIX.

3 Ibid., XIII.

habla el rico, todos callan, y en acabando su discurso, se hacen lenguas de su discrecion y facundia. Habla el pobre, y murmuran diciendo: ¿quién es este? Y si habla con valentia la verdad, le llamarán insolente, y tratarán de perderle. *Dives locutus est, et omnes tacuerunt, et verbum illius usque ad nubes perducent; pauper locutus est et dicunt quis est hic? Et si offenderit, subvertent illum.*

El mundo adula al rico, á un vicioso, á un cruel y descorazonado, y le honra aunque esté deshonrado, y le ensalza aunque esté envilecido, mas no honra á la persona, sino á sus riquezas; pero Dios, y los buenos que juzgan segun la voluntad de Dios no tienen por bueno, y honrado sino al rico virtuoso, humilde, generoso y caritativo. La exaltacion y la gloria cifirán cual refulgente diadema la frente del rico cristiano; la dicha y la abundancia reinarán en su casa, y sus larguezas serán como fecunda semilla que le dará fruto temprano y fruto tardío, porque está escrito: Al que tiene, mucho se le dará mas, pero al que no tiene tanto, aún lo que tiene, le será quitado (1). Dichoso el rico que entiende en las necesidades del

pobre y menesteroso (1). Será semejante al árbol que plantado junto á la corriente de las aguas crece gallardo y lozano, vistes luego de verde follaje y rinde á su tiempo abundante y sazonado fruto (2). El rico cristiano sabe que dando una moneda, adquiere un reino, y por un poco de cieno alcanzará el cielo. Dios ha puesto en manos de los ricos la suerte de los pobres, y habiendo reservado para sí el cuidado de vestir y alimentar á los lirios del campo, á las fieras del bosque y á las aves que cruzan el aire, ha encomendado á los ricos el cuidado de los pobres y desvalidos, de manera que así como á Jesucristo socorre quien á los pobres sustenta y consuela, así á la Providencia divina representa con fidelidad y sirve con gloria propia y ageno provecho quien se muestra dispensador generoso y fiel administrador de sus bienes y riquezas. Reconoced, ¡oh ricos!, vuestra dignidad, vuestra mision social, y las grandes recompensas que os están preparadas. ¡Cuántas lágrimas podeis enjugar! ¡Cuántas llagas cicatrizar! ¡Cuántos corazones podeis sanar, cuántos pecados evitar, y cuán-

1 Matth, XXVI.

1 Psal 40.

2 Psal. 1.

tas almás libertar! ¿Quién puede calcular el poder y la virtud de las riquezas, manejadas por la caridad cristiana que es tan paciente, tan activa, tan ingeniosa, y obra de maravillas? *Nummus facit omnia quevult* (1). *Pecunia obediunt omnia* (2).

No atesoreis en la tierra (3) que muy luego habeis de abandonar, atesorad mas bien para el cielo donde está vuestra pátria, donde la vida es eterna, y paraíso perpetuo é inagostable primavera. El tesoro del cielo es la mano del pobre. Lo que este recibe, lo deposita en el cielo para que no perezca. La mano descarnada del pobre es la caja de Cristo: lo que el pobre recibe, Cristo lo acepta para recompensarlo con magnificencia, Cristo lo paga al crecido interés de ciento por uno, y de la vida eterna que excede todo sentido, y vale infinitamente mas que el oro y todas las preciosidades de la tierra. Porque si da el rico la tierra recibe el cielo, si alarga una moneda, recibe un reino, si da al pobre, se da asimismo, lo que da al pobre en el tiempo, lo tendrá en la eternidad, lo que no dé á los pobres, otro lo

arrebatará. Una vez habló Dios y dos cosas le oí decir; que él es justo y misericordioso, y que dará á cada uno según sus obras. Misericordia quiero, dice el Señor, y no hallará misericordia en su divina presencia el que cierra su corazón á los gemidos de la miseria, porque es á Dios á quien niega lo socorros de la caridad, al mismo Dios que ha dicho: Yo tuve hambre y no me disteis de comer, estaba desnudo y no me vestisteis. Lo que haceis con los pobres conmigo lo haceis. Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia.

Cuando pide el pobre, Dios es el que pide, no para sí, sino para tí: te pide misericordia humana para otorgarte misericordia divina. Porque hay en el cielo una misericordia eterna á la cual se llega por las misericordias terrenas. Afanáos ¡oh ricos modernos! por asegurar vuestra vocacion y eleccion por medio de obras misericordiosas y caritativas. *Tempus breve est*. La vida es corta, y pronto os vereis al borde del sepulcro. Y habrá que atravesar los tenebrosos umbrales de la eternidad, solos, desnudos, sin mas compañía que vuestra conciencia, sin mas riquezas que vuestras obras, para presentaros ante el

1. Auctor qui dicitur Pamphilus cap. 2.

2. Eccl. VII.

3. Matth. VI.

tribunal de Cristo, juez inexorable que os pedirá estrecha cuenta de toda vuestra vida. Y está escrito que á los buenos ricos dará un tesoro de gloria, y los embriagará con la abundancia incomprendible de sus inefables delicias, pero á los ricos egoistas, voluptuosos, crueles, y descorazonados sentenciará con todo el rigor de su irritada justicia, y los arrojará de su presencia y con voz de trueno les dirá: Id, malditos, al fuego eterno, porque tuve hambre y no me disteis de comer, estuve enfermo y no me visitasteis, desnudo y no me vestisteis. Id á los abismos del fuego donde no hay mas que hambre y sed, llanto y rechinar de dientes.

Una madre política.

I.

Allá abajo, detrás de esa cortina de álamos y sauces, no descubris una casa de campo, que tiene todo el aspecto de un palacio? En ella es donde vive Lisbeth, que acaba de cumplir veinte años.

Dios, que todo lo vé, no vé nada mas bello sobre la tierra que el corazón de Lisbeth. La vista de su alma es un espectáculo que alegra los ángeles y agrada á Dios.

Y sin embargo Lisbeth, no parece sufrir. Todos los dones le han sido otorga-

dos: es bella, es rica, es de alto linaje. Su padre fué en un tiempo ministro, y se dice está prometida á uno que es duque y par.

¿Cómo, pues, Dios que reserva su ternura á los que se hallan abrumados por grandes dolores, ama á Lisbeth, que es dichosa en este mundo?

Es que Lisbeth solo es dichosa en la apariencia: es preciso conocer el fondo de su alma.

Lisbeth perdió á su madre hace tres años, y no quiere dejar todavía el luto que lleva por su muerte. Su padre no ha podido soportar tan larga tristeza, y ha vuelto á casarse. Una extraña se ha instalado hace un año en aquella casa en que Lisbeth cree oír siempre los pasos y ver la sonrisa de su madre.

Esa extranjera ¡ay de mí! no es cristiana: Lisbeth tiene, pues, una madre política; iba á decir una madrastra. ¡Pobre Lisbeth, empiezo á comprender porque Dios os ama!

II

Lisbeth es piadosa desde su infancia: ella era la servidora de su madre, que era la servidora de los pobres. No se les veía, por decirlo así, mas que en la iglesia: no se les veía en casa de los pobres, porque su caridad sabia ocultarse.

Después de la muerte de su madre, su padre, político profundo que se ocupaba mucho de los destinos del mundo y muy poco de su casa, toleró la devoción y la caridad de su hija, que él desdeñaba, por lo demás y no comprendía. ¡Oh profundos políticos!

Mas pronto vino la nueva esposa, gran señora, un tanto dada á la filosofía, y lec-

tora entusiasta de Jorge Sand, que escribía ella misma sus impresiones de viaje. De cuantos la conocían era sabido que profesaba el principio de no ir nunca á la iglesia, fuera del domingo de Pascua y el día de Todos-Santos.

Por lo que hace á los pobres los trataba «de holgazanes que podrían ganar lo suficiente, si quisieran trabajar»; y partiendo de este axioma les negaba, á un tiempo mismo, el socorro y el trabajo. Pero soñaba una reforma social y tenía escrito ya el plan para llevarla á cabo.

Lisbeth aceptó sumisa esta nueva autoridad á que Dios la sujetaba, pero decidida á guardar su fé, á pesar de las persecuciones que entreveía en el porvenir.

No faltaba, en verdad, razón para temer á la pobre jóven; porque, desde aquel mismo día, se vió duramente perseguida. Entonces fué cuando Dios la amó mas.

Ella reunía la piedad, la belleza y la juventud. Su madre política, celosa de ver estas tres coronas sobre una frente que no era la suya, se esforzó en arrancarle por lo menos la primera. No habiendo alcanzado nada con la seducción, empleó la fuerza.

Fué prohibido á Lisbeth visitar á los pobres, bajo pretexto de que aquellas visitas podían comprometerla. Se la prohibió también ir todas las mañanas á la iglesia. Solo se le concedió la misa del domingo; era ser verdaderamente generosa.

Lisbeth hizo que una de sus amigas llevara á los pobres los socorros que, en otro tiempo, les repartía por sí misma:

y, todas las mañanas, leía la misa en su cuarto teniendo cuidado de arrodillarse cuando la campana de la iglesia vecina tocaba al alzar.

La persecucion se hizo mas ruda. Los dias de vigilia se cubria la mesa de manjares prohibidos por la iglesia. Lisbeth, sonrió dulcemente, y no comió en esos dias mas que pan. Se la obligó á ir á los bailes: ella fué vestida con exquisita modestia y bailó lo menos posible.

Jamás se habia podido conseguir que fuera al teatro: un día su madre política, fingiendo llevarla á paseo, la condujo á un teatro, elegido á propósito entre los mas despreciables. Lisbeth cerró los ojos al entrar y los tuvo enérgicamente cerrados hasta el fin de la prueba; y, para no oír nada, se puso á rezar el rosario á intencion de su madre política. Esta lo advirtió.

Desde aquel día, mas que nunca, Lisbeth fué mártir, verdaderamente mártir; su padre mismo no la defendió ya, abandonándola á su mas implacable enemiga. ¡Pobre Lisbeth, bien comprendo ahora porque Dios os ama!

III

Así vivió dos años despreciada, maltratada y privada de todo consuelo. Cuanto ella amaba en el mundo venia á faltarle á un tiempo. Pero le quedaba á Jesús.

Sin embargo su salud decaía: se habian marchitado sus mejillas, su juventud no tenia ya frescura, su belleza carecia de brillo. La única corona que le quedaba era precisamente la que sus perseguidores querian arrebatarle; la

corona de su celestial caridad, de su fé y de su piedad.

Muchas veces se habia arrodillado á los piés de su padre, suplicándole la dejara entrar en las Hermanitas de los pobres: deseo que tenia de mucho tiempo y que su madre habia aprobado. Su padre rehusaba siempre con indignacion; su madre política sabia y ridiculizaba con frecuencia su proyecto. Lisbeth nada respondia á las burlas de su madre política, y, segun costumbre, sonreia dulcemente.

El mundo ignoraba todo esto. La familia de Lisbeth era citada en todas partes como un modelo de feliz y afectuosa union. No se pasaba un solo dia sin que álguien dijera á Lisbeth: «¡Cuán dichosa sois en haber hallado una madre que reemplazara á la que perdiste!» ¡Pobre mundo, como se engaña muchas veces!

IV

Pero un huésped no esperado, la desgracia llamó un dia á la puerta de aquella opulenta morada. Venia, como de ordinario acompañado por la misericordia: pero esto no se comprendió hasta despues, como sucede siempre.

El antiguo ministro se vió comprometido en un asunto político y fué encarcelado provisionalmente. Esto se vé muchas veces en Francia.

Todos sus amigos dejaron á seguida de ir á su casa: su mujer quedó sola. Esto se vé en todas partes.

Y como una desgracia nunca viene sola; el cólera, al presentarse en la ciudad, se detuvo en aquella casa herida ya por otros azotes. La madre política de Lis-

beth fué atacada: los médicos llamados prontamente en su auxilio, la desahucieron y huyeron. Lisbeth se quedó.

Instalada junta el lecho de la enferma, comenzó su aprendizaje de hermana de la caridad. Allí permaneció durante tres dias y tres noches velando á la enemiga declarada de su alma, como habia velado á su propia madre. Y ella la salvó: ella que no habia podido salvar á su madre.

¡Ah! Es que Dios habia tenido prisa de llamar al cielo aquella bella alma, aquella alma cristiana: es que antes de herir el alma incrédula queria darle tiempo para que se arrepintiera. ¡Oh, Señor, cuán infinita es tu bondad!

V

Cuando el delirio dejó de agitar á la enferma; cuando volvió á ella la inteligencia, su primera mirada fué para la que, abandonada por todos, habia luchado sola contra un mal terrible y espantoso; sin temer nada, tranquila y sonriente con el rosario entre sus manos y el amor de Jesús en el corazon.

Al verla así todo lo comprendió con una lucidez admirable, y cogiendo con viveza el rosario lo llevó rápidamente á sus labios y lo abrazó mil veces: «Yo creo» exclamó, y abriendo sus brazos á Lisbeth, que se precipitó en ellos: añadió «Yo te amo, tú eres mi hija.»

En aquel momento entró el padre: «Hija mia, dijo las cartas que has escrito á nuestros amigos han tenido el éxito deseado. Estoy libre: ven á mis brazos.

Y Lisbeth pasó de los brazos de su madre á los de su padre. ¡Qué alegría! ¡Qué

lágrimas! ¡Qué remordimientos! ¡Qué consuelos!

Y algunos días después los tres comulgaron juntos. ¡*Misericordias Domini in æternum cantabo!*

(L. GAUTIER.)
De (*El Pilar.*)

La niña penitente.

—Por Dios, señá Juliana, cuéntelo Vd. que es precioso, y quiero que mi comadre lo escuche de su boca, no crea que yo exagero.....

—Señora, no es falta de voluntad, sino que al fin se trata de mi pariente, y aunque el es ahora una malva y está muy cambiado.....: no hay que despertar al león que duerme.

—Nadie lo conoce. ¡Quién lo ha visto y quién lo ve! ¡Es un santo!

—Pues *velay*, por lo mismo no me gusta moterle los huesos sin motivo, y sacar á relucir achaques que, si á mano viene, encubre y tapa todo el que los padece.....

No digo que no, pero aquí nadie nos escucha..... Y además, por ese ángel de Dios.....

—Pues han de saber Vdes. que la niña que acaban Vdes. de ver.....

—Sí, la Marujita.

—Tiene un sentido que espanta. Vamos, ni una persona mayor. Es de advertir que mi marido á luego de casarse, por juntarse con malas compañías, se dió á la bebida, y el infeliz tenia un mal vino, que luego la tomaba conmigo, y antes de acostarse, todas las noches me arrojaba una paliza que me doblaba.

—¡Válgame Dios! Y usted ¿qué hacía?

—Lo que debe hacer una mujer de bien, llorar, aguantar y encubrir todo lo posible, que al fin la honra de mi pariente era la mía.

—¡Bien dicho, señora! ¡Si todas hicieran como usted, no habría tanto infierno en los matrimonios.

—Pues señor, es el caso que esa criatura fué un día á la iglesia al Catecismo y oyó decir al señor Cura, que el mundo anda perdido por falta de oración y penitencia, y que si ofreciéramos á Dios, padre nuestros y sufrimientos por conseguir tal cosa ó por convertir tal persona, no tardaríamos en lograrlo. Mi niña, que como digo, penetra como una persona mayor, se guardó aquello y se acostó sin cenar.

—¡Pobrecita!

—A mí no me chocó porque ella es de poco comer. Pero al día siguiente, se sienta á la mesa, toma un poco de sopa, y páre V. de contar. Entonces yo, alarmada, le pregunte si estaba mala, y como respondió que no, su padre con mal modo la dijo que comiera. Yo, por evitar cuestiones, figurándome que serian *mañanas* y contando darla luego alguna friolira, la mandé quitarse de en medio. Por la noche, la misma canción.....

—Tampoco quiso comer.

Un poco de sopa, también, para no mentir. Se fué á la cama, y al día siguiente el mismo tema. Entonces ya, yo me puse seria y su padre se enfadó.

—¡Por vida de la mocosa! ¿Estás mala sí ó nó?

—No señor, no estoy mala, dijo la criatura con un tesón que á mí me dejó

pasmada. ¡Pero el Sr. Cura dice que para que los malos se vuelvan buenos hay que rezar ó hacer penitencia, y yo he ofrecido á la Virgen ayunar hasta que mi señor padre deje de pegarle por las noches á mi madre de mi alma.

—¡Maria Santísima! ¡Eso dijo!

—Eso, como lo acaban ustedes de oír. Su padre con la cara blanca como el mantel me miró á mi y bajó la cabeza. Luego se le saltaron dos lágrimas como dos avellanas, y se levantó sin decir una palabra. Yo, llorando sí tenía que, me agarré á ese serafín y me lo comía á besos.

—¡Pero vamos habria enmienda en el padre!

La mala costumbre venció todavía aquella noche, que no era el pobre el que pegaba sino el enemigo que llevaba dentro. Pero cuando al día siguiente vió que la niña se quedada otra vez sin comer; rompimos los tres á llorar, y él levantándose y cogiendo á su hija en los brazos dijo estas benditas palabras que jamás olvidaré: «¡Hija de mi corazón! ¡Perdónadme tú y tu pobre madre! ¡que ahora es cuando ofrezco yo no arrimarme á una taberna y hacer felices á este par de santas que Dios me ha dado para vergüenza y fortuna mía!» Y como lo ofreció lo ha cumplido.

(Del Mensajero de los Sagrados Corazones de Jesús y de María.)

UN NUEVO MARTIR

DEL SECRETO DE LA CONFESION.

El sacristan de la pequeña parroquia de M... en Rusia, en el delirio de una pasión culpable, cometió un homicidio, sirviéndose de un fusil perteneciente á su Cura, el que ocultó despues cuidadosamente detrás del altar. Luego se apresuró á confesar su crimen al digno sacerdote, de quien quería hacer su segunda víctima, á fin de desviar de sí el castigo de la justicia humana.

En efecto, siendo conocido el homicidio, empezaron las pesquisas en la iglesia misma, y el fusil ensangrentado fué encontrado detrás del altar. Interpelado el sacerdote, dijo que era inocente; pero se guardó bien de hacer la menor indicacion del secreto que le habia sido revelado en el sagrado tribunal de la penitencia. Los agentes rucos, siempre hostiles respecto de los sacerdotes católicos, lo acusaron del crimen cometido, y el destierro á Siberia fué pronunciado, hace cerca de veinte años. El nuevo Nepomuceno partió, y ninguna sospecha se tuvo del infame sacristan. Pero la verdad habia de conocerse...

Hace poco tiempo que un moribundo, devorado de remordimientos, haciarehunir cerca del lecho de su agonía á todos sus parientes, sus amigos, al sacerdote que habia sustituido al anterior y á los notables de la aldea. Cuando todos se hubieron reunido, el desgraciado, tomando la palabra, refirió la horrible calumnia que habia hecho caer sobre su Pastor desterrado, y como encontrándose lleno de remordimientos, en el momento de comparecer ante Dios, pedia con instancia que la justicia se informase y se hiciese venir de la Siberia á la santa y noble víctima del secreto de la confesion. Poco despues el desgraciado moria implorando el perdon de Dios y de los hombres.

Se mandó á Siberia la órden de libertad para el Cura condenado injustamente pero demasiado tarde: acababa de espirar á consecuencia de los malos tratamientos y de las privaciones de su largo destierro; pero, el cielo contaba un santo mas y la tierra un nuevo testimonio del inviolable secreto de la confesion.

(De La Hormiga de oro.)